

HABLA CARLOS ANDRÉS PÉREZ

SU nombre completo es Carlos Andrés Pérez, pero amigos y adversarios, siguiendo una costumbre típica de los países de la zona del Caribe, prefieren llamarlo sólo por su nombre de pila: Carlos Andrés. Tiene cincuenta y un años de edad. Casado y con cinco hijos. Es un hombre de piel curtida por el trópico, alto, enérgico, con una contextura física disciplinada por una hora de ejercicio diario y cuatro semanales de judo y karate. Luego de una campaña agotadora de seiscientos días, durante la cual recorrió cuatro veces el país, viajando en avioneta, automóvil, caballo, piragua y aun a pie («El hombre que camina», era su lema electoral), acaba de ser elegido Presidente de Venezuela para el período constitucional de 1974 a 1979.

Período crucial, por cierto, en la historia de este agitado, pujante y desmesuradamente rico país de la América del Sur. Se avecina, en efecto, el momento en que todas las instalaciones y servicios de la fabulosa industria petrolera venezolana dejarán de ser propiedad de las compañías privadas para pasar a poder de la nación. ¿Qué ocurrirá entonces? ¿Se establecerá un nuevo tipo de arreglo con las compañías petroleras? ¿Se nacionalizará el petróleo? Al mundo, inquieto hoy por la escasez de combustible, le interesa saber cómo será explotada en el futuro esta colosal riqueza de Venezuela (más de tres millones de barriles diarios, que significan un ingreso, diario también, para el fisco de aproximadamente 14 millones de dólares). Y es al nuevo Presidente electo, Carlos Andrés Pérez, a quien corresponderá en última instancia la decisión definitiva.

¿Quién es él? Su biografía, como la de muchos otros políticos venezolanos, incluye años de cárcel, de clandestinidad y exilio, alternados con rápidos ascensos al poder. Nacido en Rubio, una pintoresca aldea de los Andes, cercana a la frontera con Colombia (su padre era un comerciante colombiano establecido en Venezuela). Es activista político desde muy joven. Miembro del partido Acción Democrática, cuando este partido llegó al poder, en 1945, su máximo dirigente y entonces presidente de la Junta de Gobierno, Rómulo Betancourt, lo nombró su secretario particular. Carlos Andrés Pérez tenía en aquella época veinti-

trés años y ya era uno de los jóvenes políticos más influyentes y activos del Gobierno. Este prematuro «flirt» con el poder terminó bruscamente la madrugada del 24 de noviembre de 1948, cuando un grupo de militares derrocó al Gobierno de Acción Democrática. Pérez fue enviado al exilio. Trató de ingresar clandestinamente al país, pero fue detenido en la ciudad colombiana de Cúcuta y entregado a los servicios de seguridad venezolanos que lo «emparedaron» (lo encerraron entre cuatro muros, dejando sólo el espacio de un ladrillo para que pudiera respirar) durante quince

lar dentro de su propia hacienda un transmisor de radio para que Betancourt, Carlos Andrés Pérez y demás exiliados venezolanos enviaran clandestinamente consignas a sus partidarios en Venezuela.

Cuando cayó Pérez Jiménez, el 23 de enero de 1958, Betancourt y Carlos Andrés Pérez regresaron al país y se dedicaron a reorganizar su partido, que después de diez años recobraba existencia legal. El actual Presidente electo de Venezuela es invitado por aquella época a Cuba. Fidel Castro, que sería luego su enemigo número uno, lo recibió con honores. Había motivos:

política, de mano fuerte, es todavía violentamente impugnada por la izquierda, que lo acusa de ser hombre de métodos represivos. El suele replicar diciendo: «Estábamos en una guerra. Una guerra contra la subversión, que debíamos ganar».

En realidad, no le inquieta ser descrito como hombre enérgico. Todo lo contrario. El año pasado, cuando su partido lo postuló candidato, hizo suyo el lema de «Democracia con energía». No sólo él, sino también su partido —que en su origen tuvo un carácter populista, nacionalista e izquierdista al es-



días y luego lo transportaron por diversas ciudades del occidente encerrado en una jaula de hierro. Finalmente, Pérez Jiménez lo confinó en una población del territorio amazónico y luego nuevamente lo expulsó del país.

Su exilio duró diez años. Estuvo con Rómulo Betancourt en La Habana hasta la llegada de Batista, y luego en Costa Rica, pacífico país gobernado entonces por un buen amigo suyo, Pepe Figueres. El pequeño y testarudo Don Pepe, como lo llaman en América Latina, enemigo acérrimo de Pérez Jiménez, no tuvo inconveniente alguno en insta-

dos años atrás, cuando Fidel estaba en Sierra Maestra, Carlos Andrés Pérez le había enviado desde Costa Rica, por indicación de Figueres, un avión cargado de armas.

Betancourt fue elegido Presidente en diciembre de 1958, con más del 50 por 100 de los votos, y con él volvió al poder Acción Democrática. Designado ministro de Relaciones Exteriores, Carlos Andrés Pérez llegó al momento más explosivo y polémico de su carrera política al enfrentarse a uno de los más poderosos movimientos de guerrilla urbana y rural de América Latina en la década del setenta. Su

tilo del APRA peruano—, deriva hoy a posiciones moderadas y cuenta con el apoyo de altos sectores de la gran industria y las finanzas. A la inversa, el partido socialcristiano COPEI, su principal adversario, tradicionalmente considerado conservador, resulta hoy más próximo a las posiciones de izquierda.

El nuevo Gobierno venezolano deberá hacerle frente no sólo a la oposición de su tradicional adversario socialcristiano, sino también a un poderoso movimiento de izquierda que hizo su debut en estas elecciones: el MAS, Movimiento al Socialismo. Surgido como una esci-



Más de cincuenta millones de dólares ha sido el costo de la propaganda electoral en Venezuela. Durante los últimos seis meses, todos los muros de Caracas y poblaciones del Interior se cubrieron de letreros como éstos. Cada partido tiene un color y un símbolo distintivos: «Vota, indio», «vota, caballo», «vota con la oreja»; o bien, «vota, verde», «vota, blanco», «vota, marrón». Incomprensibles para el visitante extranjero, estos mensajes tienen un significado muy concreto para el elector venezolano.

PLINIO APULEYO MENDOZA

sión del partido comunista, pero hoy más numeroso que éste, el MAS es un partido marxista no ortodoxo, que tiene fuerza considerable especialmente en los sectores universitarios, profesionales e intelectuales y en la llamada población marginal que vive en los «ranchos» o zonas de tugurios de las grandes ciudades.

En el orden personal, Carlos Andrés Pérez aparece como un hombre pragmático, buen organizador y de una gran capacidad de trabajo. Durante la campaña que acaba de culminar con su triunfo, hizo un espectacular alarde de buena salud y de resistencia física al recorrer a pie las principales ciudades y vastas zonas campesinas del país. Su jornada es muy intensa: se levanta a las cinco de la mañana y trabaja un promedio de dieciséis horas diarias. Por principio, contesta toda carta o comunicación que recibe.

Su triunfo se produce al término de una de las campañas electorales más intensas y reñidas en la historia de América Latina. Costosa, también: según cálculos prudentes, más de 50 millones de dólares fueron invertidos por los principales partidos en propaganda. Aunque los candidatos llegaron al número record de quince, la mayor parte de este gasto corresponde a los dos grandes partidos rivales Acción Democrática y el socialcristiano

COPEI. Uno y otro contrataron técnicos en sondeos de opinión, tanto ingleses como alemanes, para efectuar periódicas encuestas que les permitieran conocer de antemano simpatías, intenciones y preferencias de los cinco millones de electores del país. Todos los medios de comunicación fueron estrepitosamente invadidos por mensajes políticos: cuñas radiales (una cada cinco minutos en las 200 emisoras del país y en cuatro de los cinco canales de televisión), grandes anuncios en los diarios, millares de vallas y alrededor de 30 millones de carteles, sin contar los letreros que cubrieron en los últimos meses no sólo los muros de ciudades y aldeas, sino también los peñascos de la cordillera, los más remotos bohíos indígenas de la selva amazónica y aun las boyas que flotan en el mar, frente a las costas.

La entrevista que publicamos a continuación fue concedida por Carlos Andrés Pérez en su oficina de Caracas, un lujoso «penthouse» alfombrado de rojo, una semana antes de haber sido elegido Presidente.

—¿Por qué su campaña puso tanto énfasis en la energía, la autoridad, el orden? Generalmente, estos postulados caracterizan en América Latina a los candidatos y gobernantes de tendencias conservadoras. ¿Es éste su caso?

—No, de ninguna manera. Estos lemas habría que verlos hoy dentro de una perspectiva continental. Ocurre que la democracia en América Latina ha ido progresivamente en descenso. En muchos países ha sido francamente abolida. Cualquiera que sea su orientación, de izquierda o derecha, todos los Gobiernos se empeñan en ofrecer paz y seguridad, todos reivindican el concepto de autoridad como garantía de bienestar social. Yo considero que la democracia no tiene por qué adjetivarse. La democracia es un sistema que se fundamenta en el acatamiento de la mayoría, que plantea igualdad de oportunidades para todos; es un régimen de derecho. Sin embargo, la extrema izquierda sostiene que la democracia es un sistema al servicio de los privilegiados, y la extrema derecha lo considera un sistema débil, que deriva al bochínche, que no garantiza la paz y la seguridad. Bien: cuando yo digo democracia con energía, estoy enfrentando ambos retos. Considero que la democracia genera la fuerza necesaria para hacer, por una parte, frente a los intereses capitalistas, y también para promover una mejor distribución de la riqueza. Respondiéndole a la derecha, sostengo que siendo un sistema sustentado en el estado de derecho, puede también garantizar la paz.

—¿Cuál sería la definición ideológica de su partido Acción Democrática?

—Nosotros no hemos perdido nunca nuestra identidad ideológica. Acción Democrática fue, desde su fundación, un partido de orientación socialista.

—¿Social-demócrata?

—Sí, somos la social-democracia venezolana. Ciertamente, algunos líderes importantes del partido tenían una formación marxista. Pero las tesis de Acción Democrática no tuvieron nunca esa inspiración. Lo discutimos muchas veces. Dijimos: no somos un partido marxista. No somos tampoco un partido populista. El populismo como corriente, como solución a los problemas de América Latina, ha fracasado. Somos, sí, un partido social-demócrata.

—El Gobierno del Presidente Caldera orienta su política internacional en el sentido de admitir en el plano continental lo que se ha llamado la pluralidad ideológica. Es decir, relaciones con regímenes de muy diversa inspiración. ¿Cuál será su posición al respecto?

—Creo que usted, como periodista, ha de entender que cada época tiene sus inquietudes, sus afanes. Cuando nosotros llegamos al poder en mil novecientos cincuenta y nueve, llevábamos diez años recordando y denunciando la excesiva tolerancia de los gobiernos democráticos con los gobiernos dictatoriales. Decíamos que esa debilidad era responsable del advenimiento y consolidación de dictaduras tales como la de Trujillo, Batista, Pérez Jiménez, Rojas Pinilla. Cuando iba a reunirse en Caracas la Décima Conferencia Interamericana, pedimos que no se aislara. Sólo dejó de venir Costa Rica. Al llegar al poder era natural que, casi como una medida de autodefensa, propusiéramos como pauta de política internacional lo que habíamos venido sosteniendo en el exilio.

—Es decir, que esa posición se explica dentro de un contexto determinado. Y ese contexto, claro, no es hoy el mismo.

—Exactamente. En la década del cincuenta, los campos estaban definidos. No había controversia: Pérez Jiménez, Batista, Trujillo, Rojas Pinilla, Stroessner, eran los enemigos de la democracia. En cambio, hoy gobiernos dictatoriales son defendidos, de acuerdo a su signo, por la izquierda o por la derecha. Además, otras urgencias, otras preocupaciones conmueven a la América Latina. Por ejemplo, el deterioro cada vez más alarmante de



Joven partidaria de Lorenzo Fernández. El color verde es distintivo del partido socialcristiano.

nuestra participación en el comercio mundial. En mil novecientos cincuenta, los países subdesarrollados participaban en ese comercio mundial en una proporción del treinta por ciento. Hoy, dicha participación es sólo de un quince por ciento. Nos corresponde, pues, hacerle frente a lo que yo llamaría el totalitarismo económico de las naciones desarrolladas.

—Lo que supone mayor elasticidad en el campo diplomático... Dentro de esta nueva modalidad, ¿qué piensa usted del restablecimiento de las relaciones con Cuba?

—El caso es muy claro. Dentro de esta nueva modalidad lo ideal sería que Cuba se integrara también a las relaciones interamericanas. Pero no podemos olvidar que la sanción a Cuba se produjo por una queja venezolana; queja bien fundada, por cierto. Queja sostenida por el Gobierno de entonces y por los que hoy son Gobierno. El Presidente Caldera era en la práctica, virtualmente, el vicepresidente de la República. Su partido compartía el poder con nosotros. Creo que las razones mencionadas le impiden al Gobierno dar el primer paso en el camino de un restablecimiento de relaciones con Cuba. Todavía sigue preso en Venezuela un representante efectivo del Gobierno cubano que participó en una acción armada dentro del país.

—Hoy, según parece evidente, no existen acciones insurreccionales apoyadas por Cuba en América Latina. ¿No cree que este hecho se inscribe en el cambio de contexto histórico de que usted hablaba antes?

—Sí, yo no creo imposible restablecer relaciones con Cuba. Lo

que digo es que no es Venezuela el país que deba tomar la iniciativa. Es a Cuba a la que le correspondería demostrar con hechos prácticos su voluntad de acercamiento.

—Los partidos de extrema izquierda, los partidos marxistas, parecen abrigar inquietudes frente a su Gobierno. Temen que usted pueda inhabilitarlos. ¿Cuál será su posición frente a ellos? ¿Impedirá su actividad legal?

—Eso no es así. No es así. Creo que los viejos comunistas, que como aquellos Borbones ni aprenden ni olvidan, conservan su odio contra mí porque los derroté. Pero deberían sentirse agradecidos porque les ayudé a ver la realidad y a comprender que su línea era equivocada. Los otros grupos de izquierda saben que conmigo la democracia puede fortalecerse y que su enfrentamiento tendría que desarrollarse en el terreno de las ideas y de la controversia partidista. El triunfo de COPEI crearía, en cambio, un clima más propicio para su objetivo, que no puede tramitarse sino por medio de la violencia.

—Pero ellos consideran que cuando usted fue ministro de Relaciones Exteriores fue un hombre represivo, de métodos muy duros.

—Yo demostré que era un hombre capaz de tomar decisiones y de tomarlas a tiempo. Enfrenté la subversión como había que enfrentarla. Le evité a Venezuela una tragedia como la de los tupamaros, que ha llevado al Uruguay a una situación muy difícil. Dicha situación tuvo su origen en la debilidad del Gobierno para enfrentar la acción subversiva. Yo considero que la paz, la verdadera paz, podrá realizarla un Gobierno capaz de adelantar con éxito una lucha contra la pobreza.

—¿Esa lucha contra la pobreza supondría de su parte alguna acción para corregir el desnivel profundo que existe en la repartición del ingreso nacional? ¿Acepta usted que este desnivel existe?

—Cierto, hay un desnivel en la riqueza y en la repartición del ingreso. Yo planteo que el esquema de desarrollo que nos habíamos propuesto ha servido para realizar cosas importantes, pero no ha logrado evidentemente repartir equitativamente el bienestar. Se impone una revisión. Es necesario invertir el desarrollo: en vez de hacerlo sobre el vértice de la pirámide social, debe hacerse ahora sobre la base.

—Se ha señalado en repetidas ocasiones como fenómeno del desarrollo económico venezolano la concentración del poder económico y financiero en cuatro o cinco grupos. ¿Qué piensa usted al respec-

to? ¿Cuál es su posición frente a los grandes intereses del capital nacional?

—Aquí hay dos cosas: concentración industrial en una pequeña porción del territorio nacional y concentración de la riqueza en una pequeña porción de la población venezolana. Entonces yo propongo obtener la desconcentración industrial y la desconcentración de la riqueza.

—¿Pero usted acepta el fenómeno de una concentración de la riqueza en manos de cuatro o cinco grupos?

—Bueno, tal vez no se trate de cuatro o cinco grupos. Lo que ocurre es que la dinámica del sistema capitalista supone por su misma naturaleza una veloz concentración de la riqueza en pocas manos. Yo pretendo encontrar un correctivo a esta situación dentro del marco de un sistema democrático. Es evidente que nuestro esquema de desarrollo no lo ha permitido. Debemos decirle al empresario que la misión de la empresa no podemos aceptarla en términos de simple producción de riqueza. El derecho de propiedad debe cumplir una función social. Tenemos que obligar a la empresa privada a colaborar en una política de pleno empleo. De esta manera creo que estamos enfocando la política del desarrollo con un elevado concepto de la socialdemocracia. Por eso no acepto el calificativo de populista. El populismo, como atrás lo dije, fracasó en América Latina. No se trata de repartir la riqueza, sino de repartir los beneficios de la capitalización. Estamos enfrentados a dos conceptos igualmente equivocados: el de que debe fomentarse la concentración de riqueza para crear bienestar, lo que es falso. Es la tesis que ahora recoge con ciertas modalidades modernas el desarrollismo. Y la solución populista, que es el de la repartición pura y simple. Hay que saber qué es lo que se reparte.

—Y en cuanto al petróleo, ¿qué se propone usted?

—Nosotros hemos sido siempre en Venezuela los pioneros de las transformaciones petroleras. Cuando estábamos entregados a los que sabían, para usar la frase del general Gómez, planteamos una política nacionalista de nuestro petróleo. Tengo plena conciencia de que en mil novecientos setenta y cuatro tendré que afrontar decisiones que van a afectar a Venezuela durante los próximos cincuenta años en materia petrolera. Creo que en el nuevo período será factible lograr un gran consenso nacional en torno a la política del petróleo.

—Se habla mucho de nacionalización.

—Está muy en boga el término, se abusa de él, inclusive se deforma. Hay el peligro de darle al concepto un contenido aislacionista. Nuestro nacionalismo no puede ser aislacionista ni xenófobo. Es más: el nacionalismo nuestro debe tener un sentido latinoamericanista y no simplemente venezolano, porque el porvenir de nuestros pueblos está en la integración. Me parece que esta es una peligrosa circunstancia, pues hay el riesgo de contribuir con ella al avance de las líneas estratégicas del extremismo. Estimo que la etapa de las concesiones feneció. Es una etapa superada. Ahora vienen nuevas formas en el manejo y significación del petróleo. Hasta hace cinco años existía un mercado de compradores, que determinaba los lineamientos operativos, los precios. Hoy existe un mercado de vendedores. Son ellos quienes imponen las condiciones. Estamos, pues, en una etapa completa de revisión del negocio petrolero. Irán, Libia, Argelia, han expropiado total o parcialmente, para llegar luego a una etapa superior de entendimiento. Nosotros nos enfrentamos a un período más sencillo. En la década de los ochenta y de los noventa, el petróleo, por razones jurídicas, retorna al poder del Estado venezolano. El problema a considerar es si debemos o no adelantar este proceso. Yo creo que sí. Creo que será inevitable adelantarlos para preparar una etapa posterior y abrir una discusión con las empresas a fin de saber si es posible o no un acuerdo con ellas. No descarto, inclusive, la posibilidad de adelantar la reversión.

—¿Gobernará usted solo con Acción Democrática o llamará a otros partidos a formar parte del Gobierno?

—La inestabilidad de los gobiernos de minoría ha quedado dramáticamente demostrada en América Latina. Y particularmente en Venezuela con este Gobierno. Parece que la democracia cristiana tiene cierta tendencia a la autosuficiencia y a la exclusión de otras fuerzas, de otra combinación. Yo no pienso hacer un gobierno de minoría. Tampoco haré un gobierno de partido. Considero que en Venezuela está en juego la propia vigencia del sistema democrático. Hay que hacer transformaciones muy hondas; hay que enfrentar el problema de la pobreza, porque de lo contrario, por la vía de la violencia, podemos derivar a situaciones de fuerza. ■ P. A. M. Fotos: FINA TORRES.